

Rafael Gómez Pérez
El hombre que yo vi
Sobre san Josemaría Escrivá

Biblioteca
Online

EL HOMBRE QUE YO VI

RAFAEL GÓMEZ PÉREZ

EL HOMBRE QUE YO VI

SOBRE SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ



El hombre que yo vi. Sobre san Josemaría Escrivá

© Rafael Gómez Pérez, 2014

© BibliotecaOnline, 2025

Serrano, 51 - 28006 Madrid (España)

bibliotecaonline.es

hola@bibliotecaonline.net

Diseño de cubierta: BibliotecaOnline.

Fotografía de portada: Detalle de Villa Tevere, donde san Josemaría vivió desde finales de los años cuarenta hasta su muerte, en 1975 (acuarela del autor).

ISBN (papel): 978-84-10289-10-9

D.L.: M-4271-2025

ISBN (digital): 978-84-15998-06-8

Ficha bibliográfica: Gómez Pérez, Rafael (2025): *El hombre que yo ví. Sobre san Josemaría Escrivá*. Madrid, BibliotecaOnline.

Imprime: Podiprint.

Impreso en España - *Printed in Spain*

Las afirmaciones incluidas en el libro son responsabilidad exclusiva de los autores. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Índice

Introducción	7
<i>Post scriptum</i>	9
1. Recuerdos para un retrato	11
Dos de la tarde	11
El rostro, la juventud	15
Aire libre, agua clara	19
Temperamento, carácter	21
La acogida de la paciencia	25
Agradecido	30
El buen humor	31
Todo lo daba	33
No estar de acuerdo	36
2. Otros recuerdos	39
La sencillez cristiana	39
No el cura tópico	42
Antes que nada, libertad	45
Grandes proyectos	50
Centro de las miradas	53
Contra la violencia	55

Capacidad de trabajo	59
"Arco dei Venti"	65
"Me llamo Escrivá y escribo"	71
El mayo francés	76
3. Fe viva.....	85
Un abrazo.....	85
La Misa	87
Una imagen	90
4. Años cruciales	93
No hay época perfecta.....	93
Una antigua actitud	94
El Concilio: anuncio y clima.....	96
Un fenómeno paralelo	98
Pablo VI y "el humo de Satanás"	101
La crisis y el valor	106
5. La presencia cristiana en la vida pública	113
6. Dies natalis.....	117
7. Para concluir	121
Apostilla	125

Introducción

Esto es la reescritura, ampliada, de un libro que se publicó en 1994, con tres reediciones, de recuerdos de los años que pasé cerca del hoy san Josemaría Escrivá, fundador del Opus Dei. Quizá este testimonio personal puede servir, junto a otros, para conocer mejor a una de las personas claves del siglo XX, pero, para mí, antes que nada, un hombre cercano, directo y entrañable. Un hombre que, a pesar de lo que se ha escrito sobre él, de bueno y de menos bueno, sigue, en mi opinión, siendo al menos en parte desconocido incluso para quienes tienen una sincera devoción por él. Más adelante hablo más de eso.

Hay algo más que aclarar. Un hecho que pertenece a la vida privada, pero que, en ocasiones como esta, me parece que hay que mencionar. Quien esto escribe dejó de ser miembro del Opus Dei en 1998. Simplemente dejó de ser miembro. Mi cariño hacia el hoy san Josemaría Escrivá ha crecido, si cabe, en estos decenios. Además, entre los mejores amigos del autor se cuentan muchas personas que son del Opus Dei. Eso tiene que ver con un tema que desarrollo luego: que las personas son siempre lo primero; la institución viene después, siempre.

Lo esencial no difiere de lo aparecido en 1994; lo que ahí se cuenta es verdad y lo suscribo hoy como hace veinte años. El Padre –ahora san Josemaría Escrivá y ese cambio en la manera de nombrarle es obligado– fue alguien para mí tan amable y disponible que lo recordaré siempre así y es lo que intento reflejar.

Pienso y, por algunos casos lo sé de cierto, que esos recuerdos sobre san Josemaría pueden aún conmover a mucha gente. Al autor no le importa volverlos a hacer públicos porque tiene una memoria imborrable del trato normal y afectuoso con una persona valiosa en sí misma,

con independencia, si eso fuera posible, de la Obra que fundó.

No ignoro que sobre el Opus Dei hay opiniones dispares y que la institución tiene sus detractores. Pero cualquier empresa grande, cualquier persona de mérito los tiene y los ha tenido. En el cristianismo se conoce esto bien, en el trato que dieron a Cristo en su tiempo y en los tiempos posteriores. El mundo nunca será perfecto, porque el ser humano no lo es. Lo que siempre puede hacerse es tratar de comprender lo más posible y no maltratar a nadie. Si hay una palabra inexistente en mi diccionario particular es *rencor*. Sólo recuerdo lo bueno; lo menos bueno se me olvida, sin yo hacer nada.

Nunca me ha atraído el espíritu de maledicencia ni la curiosidad sobre la vida de las personas. Puede ser una limitación, pero me interesa más la vida concreta de la gente buena. Lo que cuento en este libro no son ni revelaciones ni novedades absolutas, sino detalles de un trato asiduo, familiar y tranquilo. Ahora que ha sido declarado santo y que, inevitablemente se ven imágenes de él por muchos sitios, yo prefiero recordarlo sin aureola, con su voz rápida, con su resistencia a que le hicieran fotos, con sus defectos y virtudes y con sus ganas constantes de amar a Dios. A quien se extrañe o se escandalice de que una persona santa haya tenido defectos bastaría recordar, entre tantos ejemplos, el de Simón Pedro, que renegó por tres veces de Cristo y fue, como premio de su amor y de su dolor, puesto al frente de la Iglesia. O de ese Agustín de Hipona, que es todo un hito en la sensibilidad humana y cristiana.

Desconfío tanto de los retratos en los que todo está bien como de esos otros en los que todo está mal. Fácil no es la vida de nadie y no se la puede pintar de un solo color. Si ya es difícil ir componiendo la propia vida, más lo es intentar contar la de otra persona, sobre un tiempo

limitado y conociendo solo una parte del conjunto. Pero todo lo que se cuenta aquí es verdad y con la verdad se construye siempre.

Post scriptum

En 2025, a los cincuenta años del fallecimiento de san Josemaría Escrivá, aparece una nueva edición de este libro. Como se sabe, san Josemaría no llegó a ver el encaje jurídico del Opus Dei como Prelatura, que se dio en 1982. Cuando reviso el libro para la nueva edición, un encaje jurídico definitivo está aún por ver, ya que el *Motu proprio Ad charisma tuendum* (14 julio 2022), del Papa Francisco, introduce algunas modificaciones en la delimitación normativa y se está a la espera de unos nuevos Estatutos. Todo esto me hace recordar algo que oí muchas veces en labios de san Josemaría: primero es la vida, después el derecho. Derecho justo es el que favorece que la vida espiritual fluya en libertad, con toda su intensidad y energía, el que permite a muchos miles de personas, la mayoría de ellos laicos, continuar procurando el bien de la santidad, que es semilla de verdadera justicia y de la flor de la caridad.

1. Recuerdos para un retrato

Trato a continuación de ver al hombre que yo conocí, desde ángulos distintos, juntando recuerdos, antes de que se sumerjan en un involuntario olvido, de lo que nadie está exento, cuando los años de la vida son ya muchos.

Dos de la tarde

Vi por primera vez al Padre el 28 de octubre de 1958, martes, a las dos de la tarde del mismo día en el que fue elegido papa Juan XXIII.

Él era, para mí como para tantos otros, el Padre. Pero también con un padre se puede tener más o menos trato. Ese 28 de noviembre empezó en mi vida una larga etapa, fabulosa, como esas novelas fantásticas que se leen en la adolescencia. El ejemplo es de él: le oí evocar esas lecturas adolescentes en las que se desplegaba la imaginación. Después, al cabo de muchos años, por una entrevista –casi única– de su hermano Santiago, me enteré de que Josemaría “había tenido una serie de novelas de Salgari y de Julio Verne.”

Quizá habría que aclarar antes por qué se le llamaba Padre. Se ha criticado a veces al Opus Dei por mantener, respecto al fundador, un fuerte sentido de filiación. Las críticas pueden haber encontrado cierta difusión por influjo de una moda intelectual, ya algo pasada, que convirtió casi en un valor cargar contra lo paterno. Es esa actitud en la que se habla de “matar al padre”, claro está que figuradamente, con la que Freud tuvo tanto que ver. Se suele decir que el hijo, para independizarse como persona o como individuo, necesita negar su origen (“matar al padre”), para luego, si acaso, reapropiárselo, etcétera.

Es un cliché, un capricho de intelectual, porque la casi totalidad de los hombres y mujeres no está al altura de tanta sutileza, y han querido y quieren a su padre. Personalmente no hay día en que no me acuerde del mío, fallecido en 1988: un hombre trabajador –carpintero y luego cristalero–, bueno, preocupado por sus seis hijos, fielmente dedicado a su mujer hasta su muerte con casi 93 años. Ni me puso nunca la mano encima, ni dejó de emocionarse al intentar leer, aunque no lo entendía todo, las cosas que yo escribía. ¿Matar al padre? Por mí, y así espero que piense la buena gente, que nunca hubiera muerto.

El padre (y la madre) es siempre la raíz y, por eso, algo que el hijo tiene, a la vez, como suyo y como de otro. Lo propio del hijo es tener la raíz en otro, en otros, padre y madre, de los que ha recibido todo. Oponer paternidad y filiación, como contradicción es modo de no entender ni una cosa ni la otra. El padre que lo es realmente se sacrifica por los hijos: no es despótico, ni caprichoso, ni maniático. En millones de casos, desde que el mundo es mundo, el padre es el que está ahí, aguantando.

Jesucristo apela a esta experiencia general para ilustrar la paternidad de Dios. “¿O quién de vosotros, si su hijo le pide pan le da una piedra? ¿O si le pide pez le da una culebra? Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar a vuestros hijos cosas buenas, ¿cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará cosas buenas a quienes las pidan” (*Mateo, 7, 9-11*).

La verdadera paternidad no solo no pone en peligro la independencia del hijo sino que es la constitución y la garantía de esa independencia. Cuando más nos ama un padre más somos nosotros mismos, porque conectamos con nuestro origen. Cuando amamos a nuestro padre lo que hacemos es pagar una pequeña parte de una deuda

de cariño, de preocupación, de trabajo y, muchas veces, de sacrificio.

Cuando se acerca alguien al Opus Dei y oye hablar de nuestro Padre para referirse al Fundador puede quizá pensar que se trata de una exageración retórica, cuando en realidad el uso de padre para referirse a un sacerdote es un costumbre inmemorial de la religión cristiana en cualquier país: *father*, *père*... Pero es que con san Josemaría había eso tan peculiar de la relación padre e hijo, en los mejores casos: la mutua confianza.

Es un tópico decir que toda persona necesita una figura paterna, pero suele limitarse a los años de infancia y quizá de juventud. En realidad la figura paterna se necesita siempre; por eso esa sensación de soledad cuando el padre muere. Cuando, a los 23 años, por trasladarme a Italia dejé de tener un trato asiduo, físico, con mi padre, encontré otro padre. Y mucho de lo que entonces he sido se lo debo a los dos. Y naturalmente a mi madre. De ella conté algo en *Memorias de mi madre*. Y de los dos en un libro de 2019, *Mi infancia, mis padres*.

Vuelvo a aquel 28 de octubre de 1958. En aquel curso 1958-1959, el Colegio Romano estaba integrado por alumnos relativamente jóvenes de muchos países del mundo. Allí conocí a italianos, franceses, ingleses, norteamericanos, colombianos, venezolanos, chilenos, argentinos, japoneses... para qué seguir. El mundo se me agrandaba.

Habíamos estado varios meses en una precaria residencia de verano, a la espera de que terminaran algunas obras de Villa Tevere para poder alojarnos. Villa Tevere es hoy exclusivamente la sede central del Opus Dei, viale Bruno Buozzi 73 y 75, como puede verse hasta en el Google Maps; entonces era también la residencia del Colegio.

Cuando desembarcamos morenos por el sol, llenos de vigor, con ganas de movimiento, tuvimos una tertulia después de comer en la que el rector, entre otras cosas, comentó los detalles que debíamos tener en cuenta para vivir en aquella casa donde, según la humorística expresión del Padre, estábamos “realquilados”, a la espera de la sede definitiva (que no llegaría hasta 1974).

Recuerdo aquello como una suma de pequeñas indicaciones para el cuidado de las instalaciones, el orden en el trabajo, el modo de estar, la puntualidad en el horario... Algo que entonces, así de pronto y de seguido, me pareció ligeramente agobiante.

Mientras tanto, el Padre estaba llegando a la sala de estar, al *soggiorno*, en italiano. Debió esperar un momento en el *antisoggiorno*, una especie de hall del soggiorno, pues apenas acabó el rector entró él. Nos pusimos de pie. Como dije, lo veía por primera vez. Y lo primero que le oí decir fue que todo aquello que nos habían indicado estaba muy bien, pero que, además, hiciéramos lo que nos diese la gana, porque estábamos en nuestra casa. No había duda: era un padre.

Después, año tras año, sin retórica, en muchos días, todo en él era paterno, es decir, contribuía a la independencia y a la personalidad de los hijos. No estáis *ca-pi-ti-dis-mi-nui-dos*, solía decir, así, silabeando. Pero siendo allí tantos, más de cien, no había más remedio que estar un poco estrechos, sacrificarse y llevar los obstáculos con buen humor. Para mí, que venía de una familia numerosa, esas cosas eran de lo más normal. Arreglarse con lo poco que se tiene resulta, con el tiempo, una máxima de profunda sabiduría, que ayuda a comprobar la verdad de ese dicho antiguo, de origen, por lo menos, estoico y quizá anterior: “No es rico quien tiene más sino quien necesita menos”.

El rostro, la juventud

Cuando conocí al Padre, él tenía 56 años; yo, 23. Durante todo el tiempo que le traté –desde entonces hasta su muerte a los 73 años- conservó casi el mismo aspecto exterior. Quiero decir que apenas envejeció. Parecía siempre diez años más joven.

No perdió el cabello, aunque le raleaba en las entradas y por la coronilla. Me parece que fue en 1971, en Navidades, cuando lo grabaron por primera vez en vídeo, un pesado aparato, pionero en la época, que habían enviado desde Japón. Para rodar en interior hace falta mucha luz, y entonces más. Por eso, en el *soggiorno* colocaron potentes focos, pero hacia el techo, para no deslumbrar. Cuando llegó el momento, el Padre, en lugar de sentarse en el sitio habitual, para el ya enfocaba la cámara en el trípode, se colocó a un lado, con lo que las tomas, con las prisas, tuvieron que ser laterales. Imaginé entonces y lo sigo pensando que todo era una manera de hacer ver que no le gustaba nada que lo grabaran, pero que si no había más remedio... Al día siguiente comentó que había visto la cinta. Lo que más le había llamado la atención era... el poco pelo que le quedaba por arriba de la cabeza.

Tenía canas, pero no muchas. Nunca tuvo el pelo blanco de algunos ancianos o incluso de personas de menos de cincuenta años. Las arrugas que se forman en la frente, los ojos y alrededor de la boca no fueron en él muy pronunciadas. Pienso –pero esto es muy subjetivo– que a partir, más o menos, de los sesenta y dos o sesenta y tres años mantuvo ya casi la misma figura hasta su muerte.

Su retrato físico ha sido muy difundido después de su fallecimiento. Antes era muy reacio a que se publicaran fotografías, aunque, cuando no había más remedio, se

plegaba a las normales exigencias de la prensa. Se conoce de modo especial la imagen que sirvió para la estampa para la devoción privada, de 1975 a 1992. Después, la que fue utilizada para el repostero que se colgó de la fachada de San Pedro, en la beatificación, el 17 de mayo de 1992 y en la canonización, el 6 de octubre de 2002. Son buenas imágenes pero nunca me parecieron exactamente él. Son más bien estáticas, cuando él era extremadamente vivo.

De estatura media, un metro y setenta y dos centímetros, y de un peso en esta fase de su vida en torno a los 67 kilos, su figura era ágil y rápida. Él mismo contaba que, de joven, recién ordenado sacerdote, pedía a Dios "ochenta años de gravedad", porque quedaba mal en un sacerdote demasiada viveza. Moderó su intrepidez física y su nervio en un contenido impulso. La primera impresión era la de alguien muy despierto, atento a lo que sucedía a su alrededor, rápido de reflejos. Las películas que se tomaron en los años setenta, en reuniones a veces de hasta cinco mil personas, permiten darse cuenta de esa prontitud de carácter, a pesar de que el Padre, en esas filmaciones, no era el de todos los días. Allí no tenía más remedio que actuar y, aunque sabía hacerlo, no era lo que prefería.

Manos finas y bien dibujadas. Recuerdo cómo una vez me contó el modo en el que le habían enseñado desde pequeño a dar las cosas: con la mano derecha, extendiéndola pero no demasiado y con un gesto de ofrecimiento que no era ni dejadez ni imposición. Todavía lo veo haciendo ese gesto y entonces caigo en la cuenta de la importancia que tenía en él lo que se llama, de un modo más o menos complejo, "expresión no verbal".

Me vienen a la cabeza muchos gestos suyos. La expresividad en el seguir muy de cerca lo que ocurría o lo que le decían, le llevaba a movimientos característicos de in-

terés, abierta curiosidad, sobresalto, sorpresa, asombro, cierta sorna –¿sí? ¡no!–, horror fingido. Sin pretenderlo, poesía las cualidades de actor. Se daba cuenta de que tenía que aprovechar esas capacidades; en ese sentido dijo alguna vez que no le importaba comportarse como “un juglar de Dios”. A él le oí por primera vez aquel cuento medieval del monje, antes juglar, que, al no poseer ni la elocuencia ni la capacidad de sus compañeros, hizo su oración ante la Virgen ofreciéndole los juegos de su antiguo oficio.

Una de las Cantigas en honor de Santa María, de Alfonso X el Sabio, la octava, cuenta una historia parecida: Un juglar pide pasar la noche en un monasterio; detalla la cantiga que era en Rocamadour, Conques, un pueblo francés de la región Mediodía-Pirineos, que está en el camino de Santiago. Va a ver a la Virgen y, como no era un hombre de oración al uso, se le ocurre tocar ante ella la viola. Un monje oye la música, entra en la iglesia, se escandaliza (siempre hay gente así) y ordena al juglar que pare o lo expulsa del monasterio. Se va. El juglar se queda y, como prueba de que ella no lo ha tomado a mal, pide a la Virgen una vela de las que estaban en su altar. La Virgen hace descender una vela sobre la viola del peregrino. El juglar toca de nuevo para ella. Vuelve el monje a la iglesia y al ver la vela sobre el instrumento, la arranca con un gesto de violencia y la coloca de nuevo en el candelero... Y entonces la vela volvió a bajar y se colocó de nuevo en la viola. Al fin el monje entiende y le pide al juglar que le perdone. Y el juglar, cada año, volvía a Rocamadour, con una vela para Nuestra Señora. ¿Leyenda? Sí, pero el contenido es verdad.

El rostro del Padre tenía una proporción regular. El conjunto no daba de inmediato impresión de apostura, pero sí de un gran atractivo, que se debía fundamentalmente a la mirada. Como han señalado otras personas, por ejemplo el profesor alemán Peter Berglar, la mirada

era llamativamente joven. Se trata de algo bien conocido: muchas personas conservan la mirada, el brillo y el gesto de los ojos que estrenaron en la infancia. Como si la mirada tuviera vida propia, resistente al paso de los años.

No le gustaba envejecer, en el sentido de que no deseaba que la postración física influyera en una posible disminución de la juventud de ánimo. Distinguía bien entre esas dos cosas y sabía que una juventud fisiológica podía estar echada a perder, mientras que la vejez puede ser la etapa de un florecimiento interno. Por lo demás, los jóvenes pueden entender tanto o más que los viejos si guardan los caminos de Dios, como dice el *Salmo* 118, que él repitió y comentó muchas veces: "super senex intellexi, quia mandata tua quaesivi", entendí más que los viejos porque procuré cumplir tus mandatos. Pero, por encima de todos esos matices, quería ser niño delante de Dios. Era esa "infancia espiritual" de la que escribió, entre otros muchos lugares, en *Camino* y en *Forja*.

En 1972, al cumplir setenta años, comentó alguna vez que el cero lo regalaba, que se quedaba en siete. Niño delante de Dios, pero también amor por lo joven, en lo que tiene de impulso, de entrega y de capacidad para grandes cosas. Le gustaba que en portugués los jóvenes fueran os *novos*, los nuevos. El aire de juventud lo acompañó siempre.

Su aspecto físico sufrió las naturales transformaciones a lo largo de los años, debido, sobre todo, a enfermedades y padecimientos. Ya de joven había en él cierta tendencia a la obesidad, pero se notó muy poco hasta los veintitantos años. Después engordó, pero los padecimientos de los años de la guerra civil española lo dejaron tan delgado que ni su madre logra reconocerlo, a no ser por la voz y por la mirada. Más tarde, en los años cuarenta, vuelve a aumentar de peso, por efecto de la diabetes

que le afecta con mucha gravedad hasta 1954, cuando tiene lugar una crisis mortal de la que sale completa y, en su convicción, milagrosamente curado en el día de la Virgen de Montserrat. Pocos años después, hacia los finales de los cincuenta, entra en esa etapa, ni grueso ni delgado, que va a continuar hasta el final.

Hay un retrato suyo, al óleo, en los años cincuenta, obra de Manuel Caballero. En los años sesenta y setenta se le hicieron otros: de Mosquera, de Segura, de Macarrón. De un escultor italiano –Sciancalepore– es el único busto realizado en vida. En mi opinión, en ninguno de esos retratos se logró reflejar, a pesar de tratarse de buenas obras, ni la mitad del atractivo de la persona. Pienso que cualquier imagen interpuesta le robaba algo que solo se daba en la inmediatez. No sabía posar. La pose era una de las cosas más alejadas de su temperamento. Cuando lo recuerdo, algo muy frecuente, no evoco ninguna fotografía o cuadro, sino su rostro cuando hablaba con él y él me atendía como si no hubiera nadie más en el mundo.

Aire libre, agua clara

Llamaba la atención su pulcritud. Amigo, como decía, “del aire libre y del agua clara”, su presentación era cuidada, sin caer en la afectación. De por sí tenía una elegancia innata. Su traje fue, como era natural, desde que se ordenó, la sotana. En los años que estuve con él solía decir que la sotana de todos los días estaba cosida y recosida. Yo no lo notaba, al menos a simple vista. Un día se lo dije. Se paró, tomó una parte de la sotana, la puso al trasluz y me dijo, con una sonrisa, algo así como que tenía que enseñarlo todo. En visitas a algunos países utilizaba el *clergyman* y en esos casos se advertía aún mejor su buen porte, ya que la elegancia suya era, si se entien-

de bien esto, civil.

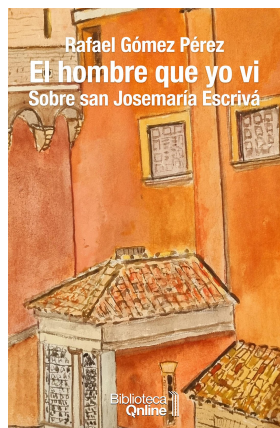
Como prelado de honor del Papa, desde los años cuarenta podía usar las vestiduras correspondientes de característico color rojo; pero apenas lo hizo. En 18 años lo vi tres o cuatro veces vestido de monseñor. Ignoro las razones por las que usó tan poco esas vestiduras, pero en cualquier caso no iban bien con él las solemnidades. Lo suyo era, por muchas razones, la normalidad.

La voz era variada en inflexiones y se adaptaba a lo que quería decir. Cuando predicaba, en las ocasiones en las que le oímos en Villa Tevere, sabía cambiar de registro, elevar la voz y volver al tono medio, susurrar. Encantaba tanto cuando se dirigía a una sola persona como cuando lo hacía a miles. No le oí nunca arengar ni nada parecido. No era un líder en el sentido de tener a la gente detrás de sí, siguiendo los vientos de las palabras. Reunía las cualidades y el carisma del hombre que atrae a mucha gente y que es capaz de suscitar entusiasmo. Pero se expuso pocas veces a esa posibilidad. Y de una ocasión en la que, a pesar de su sencilla manera de actuar, el entusiasmo de la gente se desbordó —recibió algún que otro arañazo en las manos—, volvió con el propósito, que cumplió, de que eso no se volviera a repetir.

En la intimidad la relajación y la confianza daban a su voz una gracia especial. Se notaba entonces menos el acento aragonés que, en cambio, aparecía a veces cuando hablaba en público. Tenía también algo de madrileño, tanto en algunos tonos como en el léxico. Pero todo ello fue cediendo con los años para incorporar cada vez más dichos y giros italianos, a veces muy romanos.

Cuando estaba entre personas con las que llevaba viviendo muchos años las palabras apenas le hacían falta. Te preguntaba, por ejemplo, si “has tenido tiempo de terminar aquello” y veía en tu mirada si con eso bastaba para que supieras a qué se refería. Veía venir la conclu-

¿Quieres seguir leyendo?



Acabas de leer el comienzo de *El hombre que yo vi. Sobre san Josemaría Escrivá*, de Rafael Gómez Pérez. El libro completo reúne, en siete capítulos, los recuerdos de dieciocho años de trato cercano con el fundador del Opus Dei en Roma: un retrato sin aureola, con su carácter, su buen humor, sus defectos y virtudes y su fe.

Comprar el libro completo ›

bibliotecaonline.es/el-hombre-que-yo-vi-sobre-san-josemaria-escrivá

QUÉ ENCONTRARÁS EN EL LIBRO

- **Recuerdos para un retrato.** El primer encuentro en 1958, el rostro, la voz y los gestos, el temperamento, la paciencia, la gratitud, el buen humor y cómo acogía el desacuerdo.
- **Otros recuerdos.** La sencillez cristiana, un sacerdote lejos del cura típico, la libertad ante todo, los grandes proyectos, el rechazo de la violencia, su capacidad de trabajo y el mayo francés.
- **Fe viva y años cruciales.** La Misa y la vida de oración vistas de cerca; el Concilio Vaticano II, Pablo VI y la crisis de los años sesenta y setenta.
- **Vida pública y final.** La presencia cristiana en la vida pública, su muerte en 1975 y unas páginas de conclusión.

Nueva edición, revisada y ampliada, a los cincuenta años de su fallecimiento.

BibliotecaOnline

bibliotecaonline.es

pedidos@bibliotecaonline.es

ISBN (papel): 978-84-10289-10-9



Escanea para comprar